

cure. Hoy en día todavía nos toca, si se lo permitimos, especialmente en el sacramento de la Reconciliación y en la Eucaristía. Para el mundo que nos rodea, lo que importa son nuestras posesiones, pero para el Señor lo importante somos nosotros porque somos sus hijos amados, creados a su imagen, por quienes murió y con quienes quiere vivir para siempre en el cielo.

Recientemente algunos científicos han estado dedicando mucho tiempo y dinero a tratar de demostrar lo contrario, que los animales y la gente y aun las máquinas son todos muy parecidos, solo combinaciones diferentes de los mismos elementos materiales. Es interesante notar que ninguno de los animales ni las máquinas con los que han estado experimentando ha dado ninguna señal de hacer los mismos experimentos con los científicos. Eso es porque los seres humanos son diferentes; la dignidad que Dios les dio los hace diferentes.

El descubrir cuánto importamos nos libera de la muerte lenta de la lepra espiritual. También nos muestra cómo vivir. Como dijo San Pablo: “Acójense unos a otros como Cristo los acogió para gloria de Dios” (*Romanos 15,7*). Esta es la estrategia de todos los santos.

La Beata Madre Teresa de Calcuta puso en práctica esta estrategia de forma magnífica.



Una vez se estaba hospedando con una comunidad de hermanas que trabajaban con los aborígenes de Australia. Visitó a un anciano que vivía en aislamiento total, ignorado por todos. Su casa estaba en pésimo estado e inmundada. Le dijo: “Por favor permítame limpiar su casa, lavarle la ropa y hacerle la cama”. Él contestó: “Estoy bien así. Déjelo así”. Ella dijo: “Estará aún mejor si me permite hacerlo”. Finalmente aceptó. Mientras limpiaba, descubrió una hermosa lámpara, cubierta de polvo; parecía que no la habían usado durante años. “¿No enciende esa lámpara?”, le dijo, “¿nunca la usa?”. Él contestó: “No. Nadie viene a verme. No necesito encenderla; ¿para quién la encendería?”. La Madre

Teresa le preguntó: “¿La encendería todas las noches si vinieran las hermanas?”. Él respondió: “Por supuesto”. Desde ese día en adelante, las hermanas se comprometieron a visitarlo todas las noches. La Madre Teresa se fue de Australia. Pasaron dos años. Se había olvidado por completo del encuentro. Y entonces recibió un mensaje del anciano: “Díganle a mi amiga que todavía brilla la luz que encendió en mi vida”.<sup>1</sup>

Tú importas. Es por eso que Cristo vino a tu vida, limpió tu alma y encendió la lámpara de la fe en tu corazón. Si alguna vez esa lámpara se apaga, él siempre está allí para volver a encenderla. Y mientras brilla, debería

inspirarnos a todos a hacer retroceder las oscuras mentiras de la cultura de la muerte y a llevar la luz del amor de Cristo a todas las personas que podamos, porque ellos también importan.

Hasta el prisionero de Napoleón descubrió esto. Un día surgió un brote verde a través de las grietas del piso de la celda. Empezó a estirarse hacia la luz de la ventanita en lo alto de la celda. El prisionero usó parte del agua que le traían todos los días para regar el brote diminuto. Este creció lentamente hasta que por fin se transformó en una planta con una flor azul intenso. Cuando los pétalos se abrieron en todo su apogeo, el cautivo solitario tachó las palabras que había escrito en la pared. “A Dios le importa”, rasguñó ahora.

*El P. Bartunek, LC, es un sacerdote Legionario de Cristo y autor de The Better Part (La parte mejor) y La pasión por dentro.*

1 Esta anécdota está registrada con más detalle en *Voices of the Saints* por Bert Ghezzi.

*Traducción: Marina A. Herrera, Ph.D.*

Foto de Uganda: Sean Sprague/Painet Inc.

Para pedir copias adicionales llame al 866-582-0943

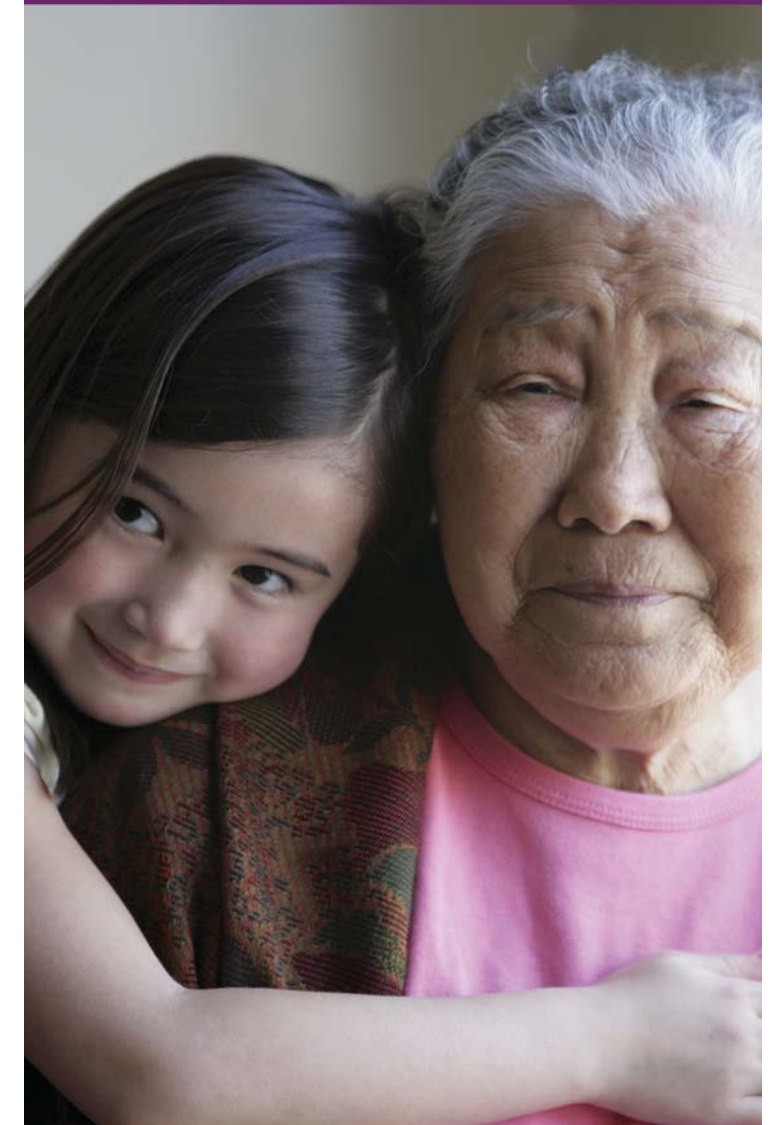


Secretariat of Pro-Life Activities  
United States Conference of Catholic Bishops  
3211 Fourth Street, N.E. • Washington, DC 20017-1194  
Tel: (202) 541-3070 • Fax: (202) 541-3054  
Website: [www.usccb.org/prolife](http://www.usccb.org/prolife)

# Por qué tú importas

## Reflexión sobre la dignidad humana

Padre John Bartunek, LC, STL



RESPETEMOS LA VIDA

Hace mucho tiempo, un francés cayó en desgracia con el emperador Napoleón. Lo arrojaron a un calabozo, sus amigos lo abandonaron, y todo el mundo exterior lo olvidó. Solo y cercano a la desesperación, tomó una piedra y rasguñó en la pared de la celda: “A nadie le importa”.

Tantas fuerzas en el mundo de hoy quieren que lleguemos a la misma conclusión, que pensemos que en realidad no importamos, o, al menos, no mucho. Pero estas fuerzas son más astutas que Napoleón. En lugar de encerrarnos literalmente en un calabozo, nos desprecian de manera indirecta. Nos dicen, por ejemplo, que lo más importante es el aspecto físico, la cuenta bancaria, la carrera, la ropa, el currículum vitae, los talentos y la autoestima. En otras palabras, ponen el foco en todo tipo de cosas *acerca de* nosotros, pero nos ignoran a *nosotros*. Y cuando este mensaje nos bombardea incansablemente desde todos los medios de comunicación, tiene sus efectos. Al sobrevaluar esas cosas buenas, terminamos por subvalorar lo más importante, nuestro propio yo que vive debajo de todas esas cosas y todos los asuntos pendientes. Y cuando eso sucede, también empezamos a subestimar a otras personas, a otros yo.

Esta es la raíz de la campaña cultural de hoy en día en contra de la dignidad humana. Se da más importancia a algo que la gente puede *tener*, como la salud, que a lo que las personas *son* –por eso

estamos dispuestos a desechar a las personas, empezando por los embriones humanos, para usar sus células madre en búsqueda de curas para las enfermedades. Y cuando la salud empieza a decaer, se ofrece el suicidio asistido como un “tratamiento médico” para terminar la vida (en varios países y estados de los EE. UU.).

Algo que la gente *hace*, como es el tener relaciones sexuales, puede reflejar su dignidad como seres humanos plenamente. En el matrimonio, los esposos y esposas pueden entregarse de forma completa –en cuerpo, alma, mente y corazón– y exclusiva, y para el resto de la vida. Pero cuando se eleva al sexo



en sí mismo por encima de la dignidad de las *personas* que lo comparten, se vuelve más una forma de recibir placer físico a partir de la pareja que de regalar todo nuestro ser. Cuando las personas se usan unas a otras para recibir placer sexual, su dignidad queda opacada, y esto puede llevar a los abusos sexuales, al aborto, a las enfermedades de transmisión sexual y la pornografía.

Algo que se supone que la gente disfruta, protege y fomenta, como es la naturaleza, puede transformarse en un ídolo. Hay gente que valora más a los árboles que a los niños, y es partidaria de limitar dramáticamente los

nacimientos para que menos seres humanos infesten un paraíso que sin ellos sería prístino. Pero todo lo contrario, Jesús enseñó que lo más importante somos, justamente, nosotros: nuestra persona, nuestro cuerpo y nuestra alma:

Un leproso se acercó, se arrodilló delante de él y le dijo: “Señor, si tú quieres, puedes limpiarme.” Jesús extendió la mano, lo tocó y le dijo: “Quiero; queda limpio.” Al momento quedó limpio de la lepra. (Mateo 8,1-3)

¿Alguna vez se preguntaron por qué Jesús tocó al leproso para curarlo? Jesús pudo haber curado al leproso con una palabra o un gesto de la mano. Eso hubiera sido mucho más agradable que tocarlo. En la lepra, la infección bacteriana de la piel comienza siendo pequeña, pero pronto se extiende, pudre las extremidades de la víctima (dedos, nariz, labios...) y emite un olor totalmente repugnante. Se excluía a los leprosos de la sociedad para que murieran de forma lenta, dolorosa y humillante. La persona que entraba en contacto con un leproso se volvía ritualmente impura, porque se creía que su enfermedad era el signo de un castigo de Dios. La ley prohibía a los leprosos acercarse a menos de 100 metros de las personas sanas. Tratándose de leprosos era cierto: a nadie le importaba.

Y sin embargo, este leproso quebrantó la norma y se acercó a Jesús. Se puso justo delante de él. El leproso debe de haberse dado cuenta de que a Jesús no le repugnaría su



enfermedad asquerosa, que vería a la persona que había debajo de la putrefacción. Y tenía razón. Jesús no solo se sonrió y lo curó, sino que además estiró la mano y lo tocó: algo que nadie más estaba dispuesto a hacer. Ese contacto cambió las cosas totalmente. Le devolvió la salud, la posición en la comunidad, y, sobre todo, fue un reconocimiento de su dignidad. Entonces el leproso supo con seguridad que le importaba a alguien, que él importaba.

Las mentiras sutiles de la actual cultura de la muerte son una plaga de lepra espiritual, que reducen el valor de los seres humanos a algún estándar arbitrario que cambia como las modas. Nos hieren y nos desgastan. Nos hacen pensar que, en el fondo, somos realmente leprosos. Y de este modo vivimos en ciudades bulliciosas, rodeados de millones de personas, y al mismo tiempo lloramos lágrimas de soledad en el pequeño apartamento donde vivimos. Pero Jesús está cerca, esperando que nos acerquemos a él a pedirle que nos